

EL NEUTRALISMO ARGELINO

Los nacionalistas argelinos han ganado su guerra. Han impuesto a Francia su punto de vista. Una vez acallado el eco de los desfiles militares y arrolladas las banderas verdes y blancas, se trata para los dirigentes de la República argelina de enfrentarse con las realidades cotidianas, de que su país vuelva al trabajo, de buscar en el exterior apoyos sin hipotecar una independencia lograda al precio de tanta sangre. Es esta una tarea compleja y repleta de dificultades.

Oficialmente, la República argelina es un Estado soberano, miembro de la O. N. U., como cualquier país del mundo—menos Alemania—y, por ello mismo, objeto de las sollicitaciones de las sirenas americanas o rusas. La simpatía demostrada hacia los nacionalistas argelinos por muchos Estados, los del bloque comunista, del grupo neutralista y algunos países de América, así como la existencia de un ejército compuesto por aguerridos soldados debían darle la tentación de emprender una política exterior activa. Pero, en breve, su situación económica ha frenado tales veleidades.

Los días que siguieron a la independencia fueron, en efecto, sombríos para Argelia. Todos los pronósticos hechos por los enemigos del F. L. N. no se han cumplido enteramente. No ha habido una matanza generalizada de colonos, una San Bartolomé de los franceses. Pero el orden francés que había naufragado en la lucha contra el F. L. N., por una parte, y contra la O. A. S., por otra, no ha sido sustituido. Entre la retirada del Ejército francés de numerosas zonas y la llegada de unidades regulares del A. L. N., se han producido vacíos que han permitido a los guerrilleros cometer un crecido número de abusos, incluso de crímenes. A falta de vísperas argelinas, ha habido, sobre todo en el campo, muchos raptos, venganzas, robos y requisas ilegales que han creado un clima de inseguridad que aún existe.

En estas condiciones, cierto número de europeos que dudaban lo que harían, caso de restablecerse la tranquilidad, han preferido abandonar Argelia e instalarse en Francia. Y casi toda la población hebrea—100.000 individuos de 110.000—ha preferido abandonar su tierra natal—debería decirse ancestral al pensar que la mayor parte de esos israelitas argelinos descienden de bereberes judaizados en los primeros siglos de la era cristiana—antes que sufrir la dominación musulmana. No es nuestro propósito investigar cuál fué la proporción de pánico, de inquietud o de amor propio herido en esta determinación. El hecho cierto, el hecho capital, es que por enorme mayoría la población no musulmana ha preferido el éxodo antes que la sumisión a los vencedores. Pero esta población era la que constituía los cuadros administrativos y sociales, así como los elementos motores de la economía argelina. Al descolonizarse, Argelia la perdía, perdiendo con ella lo que había hecho su relativa riqueza.

Argelia, medio arruinada por la guerra, sólo tenía ya una masa amorfa para reconstruir su economía, lo que constituía una tarea imposible de llevar a cabo a corto plazo. Una cifra lo dice todo: sus dirigentes confiesan que Argelia tiene dos millones de parados de 10 millones de habitantes. Es esta situación difícil la que es preciso tener ante los ojos para comprender la prudencia de la política exterior argelina.

* * *

El F. L. N. ha podido sostener la insurrección y, luego, negociar con Francia merced a la ayuda material que le prestaron los países musulmanes. Egipto fué sin duda el aliado más activo de los nacionalistas argelinos. Es en El Cairo donde Ahmed Ben Bella y Mohammed Jidder se refugiaron, el primero después de evadirse del penitenciario de Blida, el segundo después de las diligencias judiciales incoadas contra él a consecuencia del ataque a correos en Orán. Fué en El Cairo donde se fundó el primer Gobierno de la República argelina. Por ello, algunos observadores sólo quisieron ver en los artífices de la rebelión nacionalista a hombres supeditados al general Abd-el-Gamal Nasser. Sin embargo, el Gobierno egipcio no ha sido el solo que haya apoyado al F. L. N. A partir del momento en que Marruecos y Túnez lograron su independencia, los dos antiguos protectorados constituyeron bases ideales para los guerrilleros. El Gobierno Provisional argelino se instaló en Túnez, en tanto que el Consejo de la Revolución celebraba sus sesiones en Trípoli. Los diplomáticos marroquíes y tunecinos se

esforzaban, al mismo tiempo, por llevar el Gobierno de París a la idea de conceder la independencia a los argelinos. Todo ello reforzó los lazos que unían el nuevo Estado mediterráneo a los países islámicos.

Argelia independiente debe tener cierta gratitud hacia los Estados comunistas que han suministrado armas a sus Muhadjadin. Los rusos, los checoslovacos y los chinos le han permitido así organizar el Ejército regular actual. El apoyo diplomático del bloque soviético nunca le ha faltado al F.L.N., cuyos «leaders» Ferhat Abbas o Ben Yussef Ben Jedda fueron recibidos a bombo y platillo en Moscú y en Pekín. Jrushev se apresuró a reconocer al Gobierno argelino a raíz de la firma de los acuerdos de Evián, lo cual provocó una efímera tensión entre los Gobiernos de París y de Moscú. Desde julio, misiones del bloque comunista se han instalado en Argel. Es lo que hace temer a los observadores una extensión más o menos rápida del comunismo en un país arruinado.

El antídoto, bien es verdad, está en el mundo occidental, el solo que puede conceder los créditos necesarios para la reactivación económica y proceder al envío de técnicos capacitados para sustituir a los franceses que se han replegado a la Metrópoli. Al parecer, los Estados Unidos están dispuestos a ayudar a Argelia, si los hombres de Estado de ésta les dan ciertas garantías. Las poderosas compañías de petróleo tienen muchos motivos para interesarse en la nafta sahariana. Otras sociedades pueden tratar de obtener concesiones para los minerales cuya existencia sospechan los geólogos. Capitalistas alemanes e italianos acarician los mismos proyectos. En fin, queda Francia que, en los acuerdos de Evián, había conseguido que se le reconocieran derechos sobre sus antiguas explotaciones, mediante la ayuda financiera y técnica que se ha comprometido a facilitar a la Argelia independiente.

Sentimentalmente, los dirigentes del Gobierno de Argel se inclinan hacia El Cairo, hacia los países del Islam y, con reservas, hacia el bloque comunista. Pero la penosa situación económica de su país les obliga a volver los ojos hacia Occidente. Les conviene, pues, practicar una política de equilibrio entre sus amigos y sus antiguos amos y los aliados de éstos.

Es lo que ha inducido el Gobierno argelino a adoptar una actitud de neutralismo, cercana a la posición teórica de Nasser, y, posteriormente, a limar las aristas un poco demasiado agudas que aparecían en las primeras declaraciones de sus jefes.

En el discurso pronunciado en ocasión de su investidura ante la Asamblea nacional argelina, Ahmed Ben Bella definía a Argelia como «un país con múltiples vocaciones». «Históricamente—dijo—es de cultura árabe-islámica.» «Geográficamente—prosiguió—es una parte integrante del Maghreb árabe.» En fin, en virtud de «su vocación africana», «debe tomar parte en la construcción de la unión y de la unidad africanas». Por este motivo, aun antes de ser proclamada su independencia, el G. P. R. A. había adherido al grupo de Casablanca.

En cuanto a la posición de Argelia en el damero mundial, el presidente del Consejo argelino recordaba que «ya en el mes de agosto de 1961, Argelia se había alineado junto a los países neutralistas y no comprometidos» y proclamó: «Permaneceremos fieles a esta elección.»

Sin embargo, a esta Argelia nueva le quedaban enemigos: los colonialistas. El 10 de octubre, ante la O. N. U., que acogía al nuevo Estado africano entre sus miembros, Ben Bella hacía una profesión de fe anticolonialista y reivindicaba pertenecer «al conjunto de familias espirituales que por primera vez en Bandung han tomado claramente conciencia de la comunidad de destino que las liga». Con una franqueza que rozaba la brutalidad, anunciaba: «La liquidación del colonialismo en su forma clásica o disfrazada será el credo de nuestra acción política y diplomática. Trátese de Angola, de Rhodesia o de Africa del Sur, Argelia les aportará un apoyo incondicional a fin de apresurar su liberación definitiva y total.» Y, sin dejar tiempo a que sus oyentes recobraran alientos, pedía que «se reinstalara en sus legítimos derechos al pueblo árabe hermano de Palestina».

¿Ocultaban estas palabras una amenaza precisa? En la euforia de la victoria argelina, Ben Bella había hablado de un ejército de combatientes de la fe dispuesto a ir a luchar contra Israel en Palestina. Algunos periódicos habían hablado de voluntarios argelinos para Angola. Cabía preguntarse si Argelia no iba a devenir en el Mediterráneo un elemento de agitación revolucionaria, como Cuba, al Este, en el mar Caribe.

Esta idea había de prosperar tanto más cuanto que Ben Bella se aprovechaba de su viaje a Nueva York para pregonar su amistad y admiración por Fidel Castro y para afirmar la solidaridad de Argelia con Cuba en conflicto con los Estados Unidos. Este episodio, que pone de manifiesto la in-experiencia diplomática del equipo que acaba de asumir el poder en Argel, merece ser examinado. El presidente del Consejo argelino, al trasladarse a los Estados Unidos para la admisión de su país en la O. N. U., había hallado

una acogida favorable por parte de los dirigentes de los Estados Unidos. El presidente Kennedy lo había recibido personalmente. El siglo de Hitler y de Stalin ha visto tantas carreras deslumbrantes de personajes procedentes del pueblo y convertidos en dueños absolutos de su pueblo, que no había lugar para extrañarse de que el presidente de los Estados Unidos se desviviera por un antiguo suboficial promovido a la jefatura del Estado merced a una revolución colonial. John Kennedy podía recordar a su huésped que su primer discurso importante en el Senado había constituido una defensa calurosa en favor de los nacionalistas argelinos y que la presión americana no había sido ajena a la evolución de la política francesa. Eran motivos fundados de gratitud por parte de Argelia.

Ahmed Ben Bella no se dejó seducir por el atractivo del presidente americano. Tal vez estimara que la recepción que se le hizo en Washington no era digna del representante de un pueblo que había padecido duramente para sostener los principios del anticolonialismo gratos a los americanos. Tal vez resultara defraudado por no conseguir en seguida la ayuda económica que deseaba, indispensable a la puesta en marcha de la economía nacional argelina. En todo caso, al trasladarse a Cuba, adversario declarado de la democracia capitalista americana, hacía un gesto que la opinión americana sólo podía considerar como inamistoso y que había de privarlo, por algún tiempo al menos, de los dólares del Gobierno de Washington. Porque ir a visitar a Fidel Castro contradecía las seguridades verbales de neutralidad del «leader» argelino. La visita al Estado revolucionario cubano, en el momento en que los «técnicos» rusos crecían allí en número a ojos vistas, semejaba un adherirse al bloque soviético.

Los miembros de la comitiva del primer ministro argelino bien trataban, sin duda, de tranquilizar a los americanos precisando que no se trataba más que de una visita de cortesía hecha a un viejo aliado, pero aquéllos seguían mostrándose recelosos. Ben Bella, acompañado por su ministro de Asuntos Exteriores, Mohammed Jemisti, y del ministro de los Habús, el viejo ulema Tewfik el Madani, manifestaba un evidente placer al oír los plácemes de Fidel Castro y las aclamaciones de los habitantes de La Habana. ¿Se dejó arrebatar por el calor comunicativo de las recepciones o por su admiración hacia ese revolucionario y guerrillero victorioso que representaba a sus ojos el jefe cubano? En todo caso, firmó con éste una declaración común que era de naturaleza a indignar a Washington. Según ese documento, el primer ministro argelino había «expresado la opinión de que

todo intento de poner obstáculos al ejercicio de los derechos del pueblo cubano es una violación de las leyes internacionales». Aprobaba la resolución de Cuba de «defender su independencia y su soberanía nacional». En fin, iba hasta aprobar públicamente la petición cubana «de evacuación de las tropas y de desmantelamiento de las bases extranjeras, incluida la base central de Guantánamo». Tres días después de la entrevista con el presidente Kennedy, esta intromisión del nuevo Estado africano en el conflicto entre los Estados Unidos y Cuba era para sorprender. Ben Bella, ciertamente, podía decir que defendía el derecho de los pequeños Estados a vivir como querían, que pensaba en la evacuación de Argelia por las tropas francesas y al abandono de Mers-el-Kebir por la flota francesa cuando hablaba de la retirada americana de Cuba y de Guantánamo. Pero no por ello dejaba de tomar posición contra los Estados Unidos, donde su elogio del socialismo podía ser interpretado como una adhesión al marxismo y al comunismo. De ahí que la indignación de la opinión americana fuera muy viva. El *Daily News*, que calificó la acción de Ben Bella de «puñetazo en las encías», aconsejó que se negaran las subvenciones que el presidente Kennedy hubiera concedido a una Argelia amistosa. «¿Por qué no sacamos la lección de este hecho ahorrando algunos dólares a nuestros contribuyentes?», preguntaba. En realidad, las subvenciones que se esperaban en Argel no llegaron. Argelia tenía que aprender a tener tacto prescindiendo—por un tiempo más o menos largo—del maná americano. Poco después, la crisis de Cuba y el retroceso soviético habían de dar a conocer el verdadero equilibrio de las fuerzas en el mundo y lo imprudente que resultaba jugar la carta del campo comunista, que no tenía ni los medios de subvencionar a sus aliados pobres, ni la audacia de proteger a sus amigos amenazados por la flota y los «marines» americanos.

* * *

Las fiestas de la independencia argelina, celebradas en ocasión del octavo aniversario de la insurrección nacional, permitieron desdibujar la derrota diplomática de Fidel Castro y de sus protectores. El tono de las relaciones con los países del Este siguió siendo cordial. Se intercambiaron felicitaciones entre Argel, Moscú y Pekín. Durante el desfile de la victoria, «Migs»—algunos de los cuales dados por el general Abd-el-Gamal Nasser—volaron por encima de Argel. Trigo chino y azúcar cubano fueron distribuidos a los fel-lahs de la Argelia oriental. Pero todo ello

no borraba la mala impresión producida por el desenlace de la crisis cubana: la alianza comunista no era de las más provechosas. Mas el Gobierno argelino tenía que pechar con enormes dificultades administrativas, económicas y sociales. Para hacer frente a las mismas, tuvo que buscar apoyos en otros sitios.

El 4 de noviembre, Ahmed Ben Bella declaraba a unos periodistas que lo interrogaban sobre las negociaciones con Washington, que habían quedado pendientes después del viaje a Cuba: «Estamos dispuestos a tratar y a conversar con todo el mundo, con la condición de que se comprenda que queremos seguir siendo lo que somos.» Y menos de un mes después, decretaba la prohibición del partido comunista, no por hostilidad hacia el comunismo—precisó—, sino porque sólo el F. L. N., partido único de la revolución, era admitido. Ello no quiere decir que Ben Bella y sus consejeros hayan cambiado completamente de casaca. Sus relaciones exteriores con el bloque comunista, que muchas veces ha admitido alianzas temporales con países totalitarios que no tolerarían el comunismo en su suelo, siguen siendo buenas. En diciembre, una declaración común de amistad argelo-húngara se publicó en Argel y en Budapest. Sin embargo, los occidentales han podido tranquilizarse en parte después de la disolución del partido comunista en Argelia y pensar que Ben Bella no era un nuevo Fidel Castro. La soviétización de Argelia aún podía ser evitada.

* * *

En su conversación con los periodistas del 4 de noviembre, Ben Bella había lanzado: «la cooperación con el extranjero empieza con Francia». De buen grado o de mal grado, tenía que volver a la política de cooperación fijada en Evián. Las relaciones franco-argelinas, después de ocho años de una guerra cruel, destacada por atrocidades sin nombre, sólo pueden ser complejas. Por una parte, los recuerdos de la lucha, de los crímenes y de los abusos de la guerrilla y del terrorismo, así como los de la represión son de naturaleza a separar a los pueblos. Por otra, los beneficios de una larga asociación que tenía sus injusticias y sus defectos, pero que fué fecunda, debería inclinar a los argelinos tanto como a los franceses a proseguir en un nuevo plano la colaboración iniciada hace ciento treinta años. Los argelinos, cuando han terminado de anatematizar la colonización, bien han de decirse que, sin los franceses, la sólida infraestructura de su país—las carreteras (que casi no existían en 1830), los puertos, los aeródromos, las pre-

sas, los canales de riego, las instalaciones mineras—no existiría. Y sus «leaders»—de los universitarios Ferhat Abbas, Ben Jedda, Jemisti o Bumendjel hasta los antiguos suboficiales Ben Bella y Mohammed Saidi—lo quieran o no son tributarios de la cultura francesa, se expresan a veces más fácilmente en francés que en árabe y no desarrollan con frecuencia sino las ideas que se han paseado por los congresos de los partidos de la izquierda francesa o en los panfletos del antillés Frantz Fanon. Cuando el Gobierno francés, haciendo abstracción de las atrocidades de la guerra, con una curiosa indiferencia hacia los «pieds noirs»¹ y a sus antiguos *harkis*, proponía—ya en Evián—reanudar con los argelinos una colaboración interrumpida y enviarles sus profesores, sus maestros, sus ingenieros y sus especialistas de la administración, hacía un ofrecimiento ventajoso para los argelinos.

¿Por qué, después de haber firmado los acuerdos de Evián, han tardado éstos en aceptar la mano que les tendía el general De Gaulle? Un poco por rencor y probablemente mucho por temor al neocolonialismo. Los argelinos saben que el presidente de la República ha sacrificado fríamente los colonos franceses, la infantería de la colonización, pero que se ha esforzado en salvar los grandes intereses, que coinciden en grandes líneas con los de la economía francesa y la influencia cultural francesa. Pero los dirigentes argelinos, que las jornadas agitadas de 1962 han llevado al poder, se proclaman socialistas. Pactar con los representantes de las grandes sociedades financieras les molesta y les parece peligroso. Si la industrialización de su país se lleva a cabo por el intermediario del capitalismo francés, ¿no resultaría ser sólo de fachada la independencia de Argelia? Pero, celosos de su libertad reconquistada, los dirigentes del F. L. N. temen hipotecar ésta y recelan aún más de que se sospeche que están haciendo concesiones a la antigua potencia colonial. Por este motivo, también en este terreno, la política argelina refleja oscilaciones un tanto desconcertantes.

Ahmed Ben Bella ha proclamado ante la Asamblea argelina y ante la O. N. U. que su Gobierno reconocía los acuerdos de Evián. Sin embargo, pedía al mismo tiempo «unas enmiendas de esos acuerdos para permitir a Argelia que haga su revolución socialista». Esas enmiendas se referían en primer término a las relaciones comerciales. A continuación, Ben Bella criticaba abiertamente los ensayos atómicos de Francia en el desierto del Sahara.

¹ Natural de Argelia de origen europeo.

En fin, el comunicado argelo-cubano de La Habana hacía suponer que el Gobierno de Argel se disponía a plantear la cuestión de las bases aero-navales francesas en Argelia.

El Gobierno francés puso entonces de manifiesto su mal humor llamando su embajador a consulta, de forma que éste no asistiera al desfile de la victoria argelina. Al mismo tiempo hacía enumerar por la prensa de París los quebrantos infligidos a los acuerdos de Evián, de los que eran culpables los argelinos, ante los ojos de un Estado anárquico incapaz de proteger a las personas y los bienes de los extranjeros. En conclusión, París dejaba prever medidas de retorsión de orden financiero. Mas el Gobierno de Argel, en gran parte, sólo seguía viviendo merced a las subvenciones francesas. Necesitaba funcionarios franceses para poner nuevamente en marcha su administración. Tenía que enviar sus alumnos a perfeccionarse en las escuelas de la antigua metrópoli. La razón exigía que se cediera. Puede ser, en fin, que las victorias electorales del general De Gaulle hayan impresionado a los dirigentes argelinos y les hayan convencido de la posibilidad de entenderse con él. El ministro de Asuntos Exteriores argelino, Mohammed Jemisti, se trasladó, pues, a París a principios de diciembre para negociar amistosamente. «Ha llegado el momento—anunció—de que la cooperación franco-argelina pase de la etapa de la concepción a la de la aplicación.» Pese a los enojosos sucesos de Orleansville, en que militares argelinos mataron a cinco soldados franceses para vengar la muerte de uno de sus compañeros, el ministro argelino no volvió a Argel con las manos vacías. El Gobierno francés hizo donativo de cinco mil millones de antiguos francos para ayudar en la campaña de las labranzas y dispuso la transferencia al Tesoro argelino de veinte mil millones de francos que se sumaron a los diez mil millones que había concedido en noviembre. La colaboración franco-argelina daba, pues, resultados tangibles. La Argelia independiente, para ir tirando, tenía que plegarse a la cooperación con Francia y aplazar las reivindicaciones que había empezado a exponer con cierta solemnidad. El viaje fructuoso de Ahmed Francis a París y el de M. de Broglie a Argel han puesto de manifiesto la voluntad de ambos Gobiernos de cooperar conforme al espíritu de Evián. Pero quedan sombras, aunque sólo fuera el inquietante silencio de Mohammed Jider.

* * *

Quedaba la política maghrebí. Los dirigentes argelinos han hablado frecuentemente del Gran Maghreb unido como de un objetivo—lejano—por

alcanzar. Los entusiastas de tal proyecto agregaban incluso que esa sería la primera etapa de la reunificación, piadoso voto que recuerda el viejo «el año próximo en Jerusalén» que durante siglos meció de esperanza a los piadosos judíos de la Diáspora. Pero lo mismo que en Oriente Medio, la comunidad islámica—muy fuerte frente al «rumi»—se disipa cuando las relaciones se reducen a los «hermanos» musulmanes. Con Marruecos, la cuestión fronteriza de Tinduf provocó incidentes sangrientos que Mohammed Jidder fué a tratar en Rabat, sin llegar a un acuerdo en cuanto al fondo. Con Tunicia, las diferencias ideológicas, tal vez agravadas por cuestiones personales que se remontan a la presencia en Túnez del G. P. R. A., han provocado una cierta tensión. Entre los intelectuales occidentales representados por Burguiba y sus colaboradores y los socialistas argelinos, el acuerdo no siempre es fácil. La tensión llegó a su punto álgido cuando, después de descubrirse el complot contra la vida del presidente Habib Burguiba, los tunecinos reprocharon a los argelinos, en términos más o menos velados, el haber dejado que jefes de la antigua wilaya I mantuvieran relaciones sospechosas con los elementos militares de la conjura. La idea de que Ben Bella podía tratar de desempeñar el papel de candidato federador y de perturbador que los reyes del Oriente Medio imputan a Abd-el-Gamal Nasser, ha cruzado seguramente por la mente de más de un conservador o de un moderado tunecino. Habib Burguiba, que conoce a su pueblo, recogió ese sentir, y llamó a su Embajador en Argel. Ese puñetazo en la mesa, es evidente, no ha tenido consecuencias trágicas. Pero el episodio indica que las relaciones entre los Estados maghrebíes pueden verse agitadas por las tempestades que han provocado el fracaso de la Liga Arabe.

Sin embargo, no parece que este peligro sea grande ni inmediato. De momento, Argelia tiene demasiados problemas interiores por resolver para poder dirigir una acción exterior de envergadura. Mientras no haya restablecido el orden en el campo, reinstalado su administración, restaurado su hacienda, sólo podrá formular declaraciones de principio, acaso enviar algunas *katibas* turbulentas para combatir el colonialismo en Africa negra—como Du Guesclin aportaba sus grandes compañías a Enrique de Trastámara—. Pero por un plazo más o menos largo, tiene que dar la prioridad a la organización de su Estado, lo cual no es menuada tarea.

ANTONIO MASSIA-MARTIN.